

La memoria como testimonio y resistencia en Auschwitz: análisis de tres novelas¹

Memory as testimony and resistance in Auschwitz: analysis of three novels.

La mémoire comme témoignage et résistance à Auschwitz : analyse de trois romans.

A memória como testemunho e resistência em Auschwitz: análise de três romances.

Julián Andrés Escobar Gómez²

Cómo citar este artículo: Escobar-Gómez, J.A. (2023-2). La memoria como testimonio y resistencia en Auschwitz: análisis de tres novelas. *quaest.disput*, 16 (33), 80-118

Resumen

Auschwitz es uno de los lugares más célebres y recordados de la II Guerra Mundial. Hay algunos testimonios acerca de este lugar que actualmente conocemos gracias a la difusión que se ha hecho de ellas a lo largo de los últimos años. Por ejemplo, algunos de los más populares son los *Diarios de Ana Frank* (publicados por su padre en 1947) y la trilogía de Auschwitz de Primo Levi, quien escribió acerca de su experiencia en este campo de concentración nazi. Sin embargo, hay otros testimonios para hablar acerca de este lugar. En el presente artículo expondré otras de las historias de Auschwitz: el caso del tatuador y las costureras. Estas personas, menos famosas, tienen mucho que decir acerca de sus experiencias en Auschwitz. Escribiré lo más narrativo como me sea posible, teniendo en cuenta un énfasis filosófico en la reconstrucción de Auschwitz a partir de estas experiencias.

Palabras clave: Auschwitz – Birkenau, Tatuador, Costureras, Filosofía, Experiencia.

¹ Artículo de reflexión. Recibido 12/02/2024 – Aprobado 02 de Mayo de 2024

² Magister en Educación y Licenciado en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Tesorero del Cesclam GSP y docente de Ciencias Sociales para la Secretaría de Educación de Medellín. Contacto: julian.escobarg@udea.edu.co ORCID: 0000-0003-1113-244X

Abstract

Auschwitz is one of the most famous and remembered place from the Second War World. There are some account about this place and we currently know some. For example, some of the most populars are the journal of Ana Frank (published by his father in 1947) and trilogy of Auschwitz of Primo Levi who wrote about this concentration camp. However, there are a lot of other accounts to talk about this place. In this article I will explain about those experiences and stories around Auschwitz: the case of the tattooists and dressmakers. These persons, less famous, have a lot to say about their experience at Auschwitz. I will write as narrative as I can, with a philosophical emphasis in the reconstruction of Auschwitz from these experiences.

Keywords: Auschwitz – Birkenau, Tattooists, Dressmakers, Philosophy, Experience.

Résumé

Auschwitz est l'un des lieux les plus célèbres et les plus remémorés de la Seconde Guerre mondiale. Il existe un certain nombre de témoignages sur ce lieu qui sont désormais connus grâce à la diffusion qui en a été faite au cours des dernières années. Les journaux d'Anne Frank (publiés par son père en 1947) et la trilogie d'Auschwitz de Primo Levi, qui a raconté son expérience dans ce camp de concentration nazi, comptent parmi les plus populaires. Cependant, il existe d'autres témoignages qui parlent de ce lieu. Dans cet article, je présenterai d'autres histoires d'Auschwitz : le cas du tatoueur et des couturières. Ces personnes moins connues ont beaucoup à dire sur leurs expériences à Auschwitz. J'écrirai de manière aussi narrative que possible, en gardant à l'esprit l'accent philosophique sur la reconstruction d'Auschwitz à partir de ces expériences.

Mots clés: Auschwitz - Birkenau, Tatoueur, Couturières, Philosophie, Expérience.

Resumo

Auschwitz é um dos lugares mais famosos e recordados da Segunda Guerra Mundial. São vários os testemunhos sobre este local que hoje nos são conhecidos graças à divulgação que tem sido feita ao longo dos últimos anos. Por exemplo, alguns dos mais populares são os diários de Anne Frank (publicados pelo seu pai em 1947) e a trilogia Auschwitz de Primo Levi, que escreveu sobre a sua experiência neste campo de concentração nazi. No entanto, existem outros testemunhos que falam sobre este local. Neste artigo, vou apresentar outras histórias de Auschwitz: o caso do tatuador e das costureiras. Estas pessoas menos famosas têm muito a dizer sobre as suas experiências em Auschwitz. Escreverei de forma tão narrativa quanto possível, tendo em mente uma ênfase filosófica na reconstrução de Auschwitz a partir dessas experiências.

Palavras-chave: Auschwitz - Birkenau, Tatuador, Costureiras, Filosofia, Experiência.

Introducción

En términos históricos, se puede establecer que cuando el Ejército Rojo llegó a Berlín en abril de 1945 se dio inicio al fin de la llamada II Guerra Mundial (Caixal, 2015), iniciada en 1939. Esta llegada permitió el cese de las hostilidades, la rendición de los mandos fieles a Adolf Hitler (Roberts, 2012) y el comienzo de la transformación de la guerra en la paz (Neila, 2019), proceso que tardaría varios años en consolidarse (Adorno, 1998). Estos procesos vividos en Alemania nos dan la posibilidad de pensar en desarrollos de la justicia (Von Weber, 1954), en las implicaciones que conlleva la educación en la superación del conflicto (Adorno, 1998) entre otras cuestiones, que nos han influenciado a los colombianos en la construcción de nuestra idea de paz (Escobar, 2016). Además, en los años posteriores a 1945, el mundo comenzó a centrar su atención en los diversos acontecimientos que se derivaron de esta guerra, tales como los Juicios de Núremberg (Pérez, 2019; Roldán, 2021) y los relatos (Frank, 2003) e historias (Levi, 2018), que comenzaban a surgir de quienes lograron sobrevivir a este conflicto bélico y a lo que se conoció como campos de concentración o de exterminio. Todo ello ha devenido en una herencia que hemos recibido y que, desde diversos campos, como la filosofía (Adorno, 1998) o la educación (Escobar, 2016), por ejemplo, se han expresado algunas ideas para la no-repetición de estos hechos violentos en ninguna parte del mundo para que nadie deba experimentar los vejámenes y los suplicios de una guerra o un conflicto armado.

En los testimonios que se comienzan a exponer acerca de lo vivido en la guerra, surgen algunos que nos hablan de las experiencias y los acontecimientos que los sobrevivientes padecieron en los lugares que hasta el momento habían sido solo un rumor (Adlington, 2022). Específicamente, Auschwitz – Birkenau fue uno de estos lugares que más llamó la atención a causa de los vejámenes y los suplicios vivieron quienes habitaron el lugar por alguna razón. Esos testimonios que se han expuesto desde la llegada del Ejército Rojo a Berlín cuando se liberan los prisioneros que aún se encontraban en los campos de exterminio, siguen aportándonos diversos elementos para el análisis de hasta dónde fue capaz de llegar la barbarie cometida por la extrema derecha (Adorno, 1998) en contra de algunos pueblos minoritarios. En cierto modo, esto nos conduce a pensar que la memoria, como lo diría Jelin (2002) y Ricoeur (1992), no se construye de una vez y para siempre, sino que es un devenir, un proceso, un trabajo que se crea a medida que va pasando el tiempo y que vincula estos testimonios como un bien público (Páez, 2014), de tal suerte que recibimos en herencia los acontecimientos vividos por estas personas y así procurar proyectos que apunten a las garantías de *no repetición* de la barbarie. Estos testimonios heredados nos llegan bien sea en los años inmediatamente posteriores a la culminación de la guerra, como los *Diarios de Ana Frank* publicados en 1947 o varias décadas después, como el caso de las novelas que se analizarán en el presente artículo y se mencionarán en breve.

Cerca de 80 años después de la terminación de los enfrentamientos y las hostilidades que tuvieron lugar en la II Guerra Mundial, continuamos encontrando testimonios de quienes han habitado Auschwitz – Birkenau. Parte de ellos se conocen en la actualidad por el trabajo de la actriz e historiadora de vestuario Lucy Adlington (2021; 2022) y la guionista neozelandesa Heather Morris (2018), quienes, a través de novelas históricas, nos han heredado otras perspectivas acerca de cómo sobrevivieron algunas personas a Auschwitz – Birkenau, gracias a sus trabajos como costureras o el relato de quien fungió como tatuador en este campo de concentración. En el presente texto se analizarán las novelas *Cinta Roja* (ficción), *Las costureras de Auschwitz* (histórica) [ambas de Adlington] y la novela *El tatuador de Auschwitz* (histórica y testimonial) [de Morris]. Si bien es cierto que estas novelas hacen parte del universo literario, se puede determinar que, por el hecho de contener un lenguaje más asequible para la mayor parte de las personas, se accede con mayor profundidad al mensaje que se desea transmitir: la memoria se construye a través de la particularidad de cada testigo de los acontecimientos acaecidos en un lugar específico. No importa la cantidad de años que han pasado, la memoria no es estática, ella se plantea desde el dinamismo propio de los relatos que se cuentan, aún después de varias décadas de sucedidos los hechos.

Cada uno de estos escritos nos muestra una versión distinta pero englobante de lo que ha sido vivir en uno de los campos de concentración más recordados de la II Guerra Mundial. La curiosidad de lo que representan los testimonios de estas personas, que han fallecido más de 70 años después de la llegada del Ejército Rojo, es que no hay un tiempo determinado para exponer lo vivido y, al mismo tiempo, nos revela que la memoria, en cuanto tal, cuando pretende traer al presente el pasado (Jelin, 2002); no nos habla necesariamente de un pasado reciente, sino que se pregunta por aquellos vacíos que, eventualmente, tendría la historia en términos de memoria. Tanto las *costureras* como el *tatuador*, además, nos muestran dos realidades diferentes de un mismo lugar, aunque vinculadas por la necesidad de trabajar para sobrevivir. Se contrastará el hecho de vivir dentro de un campo de concentración con los comentarios que plasmó el profesor estadounidense McCourt en sus libros (2011; 2015; 2019), en dónde nos introduce una perspectiva de cómo se veían estos escenarios (campos de concentración) por quienes no los habitaron, sino que los vivieron desde fuera.

Reconstrucción de los testimonios

Auschwitz – Birkenau es uno de los lugares más recordados de la Alemania Nazi ya que allí, presuntamente, se ha presentado el mayor número de asesinatos sistemáticos en el marco del Holocausto (Mèlich, 2004). Son diversos los testimonios que nos llegan acerca de este campo de concentración, también conocido como campo

de exterminio, de los cuales Ana Frank (2003) y Primo Levi (2018) son dos de los más conocidos sobrevivientes, aunque no son los únicos testimonios que nos han llegado con el paso de los años, pues la historia nos ha enseñado otros testimonios acerca del Holocausto como el de Edith Stein (Feldmann, 2009). Dada la crueldad y la crudeza de lo que se nos ha heredado con respecto a los acontecimientos que han debido vivir quienes habitaron este lugar, me atrevería a afirmar que Auschwitz – Birkenau es el «símbolo de la barbarie» (Adorno, 1998, p. 80).

Nada más conocer las cifras del lugar, pues hasta donde se nos ha heredado, las cifras oficiales hablan de más de un millón de personas asesinadas y reducidas a cenizas en este campo, mientras que se ha logrado ver que, en el imaginario colectivo, por cada víctima registrada, eran cuatro los asesinados (Mèlich, 2004). Así pues, el número real de víctimas de este lugar sería indeterminado, pero dramáticamente elevado.

El valor de la vida, podría afirmarse, estuvo reducido a nada durante los años en los cuales este campo de exterminio estuvo en funcionamiento. Lo que se nos hereda de este lugar -en el caso del presente artículo-, nos muestra la ingenuidad de muchas personas que llegaban a Auschwitz sin saber lo que sucedía allí, pues las historias que se conocían en el mundo exterior, aparentemente, eran sacadas de libros de ficción y no de experiencias que les acontecía a las personas de carne y hueso (Adlington, 2021). Esta aparente ingenuidad inició cuando *Auschwitz* era un nombre extraño, desconocido, tal vez situado en otro país, en otro continente incluso, pero jamás en Alemania, pues se creía que la guerra estaba en otro lugar, no justamente en las cercanías de sus casas (Morris, 2018). Con el paso de los días, comenzaron a desaparecer vecinos, amigos, gente del mismo barrio, de la cuadra, hasta que la suerte les tocó a ellos y terminaron en un sitio que el mundo conocería después como el símbolo de la barbarie. Además, las desapariciones no fueron comunes solamente en la sociedad civil, pues muchas personas eran capturadas en las situaciones más diversas, como al salir del mercado o de la escuela, para abandonar su cotidianidad y engrosar las listas de quienes ingresaban a los campos hechos prisioneros sin saber siquiera de qué se les acusaba (Morris, 2018); estas desapariciones también se presentaban al interior de los campos de concentración (Adlington, 2021; 2022; Morris, 2018). La sociedad no lo sabía, pero los prisioneros, poco a poco, fueron comprendiendo que, si los capturaban en su ciudad, terminaban en uno de estos campos, pero si desaparecían dentro de estos, les esperaba la muerte.

La cantidad de personas que llegaban, igualmente, a este campo de concentración (Auschwitz – Birkenau) y que desaparecían allí, dejaba absortos a los moradores del lugar, algunos de los cuales, más adelante, sobrevivirían para

narrar lo que habían vivenciado, lo acontecido allí. Parte de lo que sucedía con los desaparecidos al interior del campo de concentración era recogido con la expresión «subían por las chimeneas» (Adlington, 2021).

De hecho, los prisioneros, al principio, asociaban esta expresión con los trabajos que pudieran hacerse con estas *chimeneas*, pues algunos creían que eran los aseadores que subían para limpiarlas, para quitarles el hollín producto de las constantes quemaduras que se producían en el lugar. Con el transcurrir de los días, se dieron cuenta de que no era como ellos lo pensaban, pues ese humo, ese subir por las chimeneas representaba el exterminio de la vida de quienes desaparecían al interior del campo de concentración. Parecía que sólo así se justificaba la desaparición sistemática de los prisioneros. Al menos así nos lo sugiere Adlington (2021) cuando nos menciona:

Al principio, cuando oí que la gente subía por las chimeneas, pensé que significaba que las hacían limpiar, como si fuesen deshollinadores. Pero, por mucho que deseara seguir creyéndolo, había demasiado humo, demasiada ceniza. Demasiada gente que llegaba y desaparecía. (p. 63)

Las esperanzas de los sobrevivientes parecían extinguirse o limitarse a que el último trabajo que harían en estos campos de exterminio sería subir por estas chimeneas, no para limpiarlas, sino para despedirse de la vida misma. Este hecho puede pensarse como una tortura psicológica a la que han sido sometidos los prisioneros de este campo de concentración, como un proceso de desprendimiento mediante el cual ya nada esperaban, pues, al ver tanta muerte y devastación, ¿cómo conservarse íntegro o esperar la llegada de alguien que los salvara? Ese *subir por las chimeneas* se convirtió en el último acto que harían en vida, como si su condena por un delito que jamás conocerían era el exterminio, el hecho de desaparecer por completo de la faz de la tierra, y que incluso a la familia o seres cercanos les fuera cercenado el derecho a ver por última vez a su ser querido para darle algún ritual de despedida. El ritual devino en subir una chimenea como último acto, como si se tratara de ascender hacia la idea de algún paraíso ubicado en un cielo extraterreno.

A pesar de lo desgarrador y de la desesperanza que implicaban estos actos como el subir por la chimenea, algunos han logrado sobrevivir para contar lo acontecido en los campos de exterminio. Estas historias son las que nos permiten dimensionar, ochenta años después, lo que ha significado haber sido habitante de Auschwitz – Birkenau. Si se hubiera logrado exterminar la totalidad de prisioneros que moraban en este campo, en la actualidad desconoceríamos las experiencias vinculadas a la barbarie, o simplemente especularíamos acerca de cómo tuvieron que haber vivido en estos lugares, y pasaríamos del conocimiento testimonial a una leyenda literaria de lo que significaba esta barbarie para quienes la habían

vivido. En estricto sentido, pienso que, si no conocemos en detalle lo que ha sucedido en el marco del Holocausto, sería difícil -cuando no imposible-, apuntar esfuerzos hacia las garantías de *no repetición*. El testimonio, aunque sea expuesto en una novela histórica, nos permite dimensionar lo que aconteció en el lugar donde se gestó la barbarie para procurar no repetirlo.

Ahora bien, una de las primeras preguntas que el lector se podrá plantear es cómo se llegó a construir un lugar como Auschwitz – Birkenau y, además, cómo se convirtió en un campo de concentración de aquellos que se consideraron como «otros», *lo diferente* que debía ser exterminado durante la llamada Segunda Guerra Mundial. En parte, esto estuvo vinculado con la idea de lo que en la actualidad conocemos como la «Solución Final a la cuestión judía» que implementó Hitler durante su período de gobierno en la Alemania nacionalsocialista. En esta cuestión, lo que se hizo fue ver al «otro» como una amenaza, como una división con respecto al «nosotros» que podría incluso afectar la subjetividad del pueblo al que se pertenece o que, simplemente, era diferente al yo, a la cultura que cada uno representaba y con la que, según esta lógica, se sentía identificado. Efectivamente, esta división ha permitido una división tajante entre los alemanes y los judíos, de tal forma que estos últimos se vieron como lo ajeno, lo extraño, lo «otro» ante la sociedad en la que se encontraban. Esa división y ver cómo un pueblo comenzaba a ser marginado y considerado como *diferente*, permitió al inicio la implementación de la «Solución Final a la cuestión judía» para luego devenir en una sistematicidad en el exterminio de este pueblo. Al respecto, Adlington (2022) nos menciona lo siguiente:

Una de las tácticas más poderosas para conseguir el control del pueblo judío y sus bienes era apelar a una mentalidad tribal primitiva: sembrar la desconfianza hacia el «otro». Al hacer hincapié en la diferencia entre judíos y no judíos (rebautizados como «arios» en la terminología nacionalsocialista), los nazis, deliberadamente, creaban divisiones entre «nosotros» y «ellos». Al enfatizar el elemento de cohesión del «nosotros», explotaban de manera inteligente el poder de pertenencia que se crea cuando los grupos llevan un mismo uniforme. (p. 66)

La separación que comienza a gestarse en este sentido nos muestra una adhesión a dos grupos claramente diferenciados: de una parte, se comienza a hablar acerca del «nosotros» como un grupo de reconocimiento de lo «ario» de esa nueva hegemonía que se pretendía instaurar al interior de la Alemania nacionalsocialista bajo la cual algunas personas se identificaban y apoyaban, pues una parte de su identidad personal se expresaba en este grupo. Además, cuando la política de propaganda de Goebbels (Sánchez, 2021) se extendió por todo el régimen de Hitler, los adeptos iban incrementando, en tanto que se vinculaban de alguna manera a la construcción de ese «nosotros» en el que se veían identificados. De otra parte, la

adhesión estribaba en otro grupo de reconocimiento al cual enfocaban en «ellos», en lo «otro». De ahí resultaba que, para la política nazi, a este grupo no había una adhesión voluntaria, sino que se inscribían en él aquellos que eran señalados o excluidos. Desde luego, los primeros en pertenecer a este grupo eran los judíos, quienes posteriormente comenzarían a llenar los campos de concentración y de allí a «subir por las chimeneas», aunque el proceso para llegar hasta esta forma de exterminio tomará algún tiempo en perfeccionarse. Esta separación existente entre estos dos grupos claramente diferenciados representaría el origen de la política de exterminio de este pueblo judío que posteriormente se extendería hacia otros sectores excluidos de la sociedad.

Cuando una nación comienza a asumir este tipo de comentarios frente a un grupo poblacional -en este caso los judíos-, y más adelante también lo harán contra religiosos de diversos credos, y para algunas tendencias sexuales diversas, entre otros, nos muestra el grado de preocupación que podría experimentar la comunidad internacional ante esta situación, pues, en específico, ¿quién no podría entrar en la categoría de «ellos» y ver su vida en peligro? El hecho de que varios países intervinieran en lo que estaba sucediendo en la Alemania nacionalsocialista, entre otras razones, estribaba en su reconocimiento en la posibilidad de identificarse en el grupo de «ellos», sin contar con los vejámenes y los diversos suplicios que implicaba pertenecer a este grupo y posteriormente ser detenidos a causa de ello para concentrarlos en un campo de exterminio, en este caso, Auschwitz – Birkenau. Esa división que implicaba un «nosotros» y un «ellos», podría extenderse y aplicarse a cualquier pueblo o nación del mundo al que no se reconociera como parte integrante del «nosotros», así que el discurso que justificaba esto representaba una amenaza para la seguridad y la garantía de la vida como derecho principal de toda persona.

De esta manera, se puede observar que el valor de la vida de quienes pertenecían al grupo de excluidos podría ser reducido a nada en tanto que no hacían parte de la cohesión de un «nosotros» y eran señalados como una minoría o como una problemática a la cual había que darle una solución. En efecto, la situación no había sido, en principio, que hubiese existido un discurso según el cual los «otros» se veían como algún tipo de problema, sino llevar a cabo algunas acciones que implicaran la devastación o la erradicación de ese problema. En este sentido, lo aterrador del Holocausto no ha sido el discurso que le dio fundamento, sino que las acciones que se llevaron a cabo en contra de «ellos» y que se aplicaron en la llamada «Solución Final a la cuestión judía» fueron las que realmente sustentaron y justificaron el horror vivenciado en los campos de concentración. Ante tal circunstancia, interrogamos cuál es el significado que tiene la vida bajo una política de gobierno que excluye y separa a quienes considera como diferentes al

elemento «nosotros» del Estado, y qué fundamentó esa teoría y esas prácticas en contra de la humanidad y, además, llevó a cabo acciones que en su momento se consideraron 'legítimas' para la erradicación del problema que, en último término, resultó ser un genocidio sistemático. Esto se puede afirmar a partir de la toma de acción de quienes en esa época detentaban el poder en tanto que había una preferencia por dar más valor a los objetos materiales que a las personas, pues, según Adlington (2022):

La devastación del 9 – 10 de noviembre de 1938 parecía conocerse como *Kristallnacht*, la 'Noche de los Cristales Rotos'. Se trata de una expresión evocadora, pero muy reveladora de que se consideró que aquellos hechos afectarían a bienes, no a personas. Cristales rotos, no vidas rotas. El *Reichsmarschall* Goering se quejó ante Goebbels: 'habría preferido que matarais a doscientos judíos en vez de destruir tantos bienes de valor'. (p. 77)

Sabemos ahora que tanto Goering como Goebbels fueron parte del Consejo de Ministros de Adolfo Hitler en su período de gobierno en la Alemania nacionalsocialista, lo cual los implica en los hechos que se llevaron a cabo en el marco de las hostilidades hacia el pueblo judío y, además, debe recordarse que ambos fueron juzgados en los llamados *Juicios de Núremberg* a causa de su participación en el Holocausto. Así pues, esta conversación no se gesta entre dos personajes ficticios o inventados por la autora de la novela, sino entre dos personajes históricos, reales, que participaron personalmente de los hechos alrededor de la II Guerra Mundial. El macabro acontecimiento de que se estuviese presentando una queja entre ellos por haber destruido edificios en lugar de vidas humanas, es un hecho fundante de cómo pretendían ellos continuar lo que sería la «Solución Final a la cuestión judía», en tanto que los objetos materiales no tendrían por qué ser víctimas de la devastación que posteriormente sufrirían los diversos pueblos reducidos a la cohesión de «ellos». La cuestión implicaba la destrucción del pueblo, de los «otros», no de sus posesiones materiales, pues estas podrían servir para el financiamiento de la guerra o para salvar aquello que podía ser valioso para los alemanes. La 'solución final', según esto, estaba enfocada en las personas, no en sus pertenencias.

Stricto sensu, Adlington (2021; 2022) nos afirma que en una serie de almacenes llamados *Canadá*, eran depositadas las pertenencias de los judíos que llegaban a Auschwitz – Birkenau y los objetos de mayor valor terminaban decorando las viviendas de los comandantes y soldados que custodiaban este campo de concentración. Así pues, el hecho implica que se veía como diferente el ser humano, la vida del otro, no sus posesiones o el valor de las riquezas que tenían en tanto que estas podían continuar aportando elementos positivos al desarrollo y progreso de los alemanes, mientras que los judíos, en cuanto a ser parte de la humanidad, no

podían ser admitidos. Aquí existía una división tajante en lo que se refería al progreso de un pueblo: básicamente se mencionaba que las posesiones materiales de un grupo de personas servían para la riqueza nacional, mientras que las vidas de los propietarios no. En consecuencia, el reclamo estribaría en que los daños a los edificios tendrían un costo económico elevado para su reparación, mientras que la existencia de un pueblo podría pasar inadvertido.

Además, este hecho que se expresaba al preferir el aniquilamiento de 200 vidas a edificios representaba el pensamiento acerca de que la existencia de esos otros se había reducido a nada. No importaba cuánto podría aportar el ser humano a la sociedad, sino incluso dejar de ser necesario contar con ellos para el desarrollo de las diversas aristas que componen la sociedad en cuanto tal (cuestiones como economía, agricultura, arte y cultura): lo que interesaba era que, en la aplicación de la llamada *Solución Final*, perduraran los objetos materiales sobre la vida de quienes eran los poseedores de estos, pues, se infería de este comentario, que las posesiones materiales tendrían un beneficio para esa cohesión del «nosotros», aunque no se podría afirmar lo mismo de las vidas de los demás. Esto es muestra del estado del pensamiento de quienes hicieron parte de la planeación del *Holocausto* para justificar, posteriormente, las acciones que llevarían a cabo en contra de quienes fueran víctimas de este tipo de sesgos.

Por otro lado, con este hecho se origina la aplicación de la llamada «Solución Final a la cuestión judía», pues el estado general de resentimiento y no-aceptación de los judíos al interior de Alemania, ya había llegado a un punto tal que se llevó a la acción lo que hasta ese momento era una teoría y propaganda de publicidad. Con la ‘Noche de los cristales rotos’ se llegó al extremo de no sólo pensar que los judíos tenían la culpa de las desgracias que le ocurrían a los alemanes, sino que se degradó hasta la destrucción total del enemigo, pues si los «otros» tenían esa culpabilidad sobre sus hombros, ¿por qué no liberarse de ellos para que todo volviese a la normalidad de los alemanes, de ese «nosotros» que se habían unificado? Este acontecimiento sólo provocó el inicio de lo que hoy conocemos como *Holocausto*, fue el punto de partida para la pretensión de exterminar todo aquello que no hiciera parte de la cohesión que se había creado al interior de Alemania. Así pues, cuando notamos este tipo de comentarios, se debe observar también su contexto y las personas que lo han mencionado, pues han sido los principales responsables de los acontecimientos ocurridos en años posteriores, cuando la vida de los «otros» fue reducida a la nada y se estigmatizaban como el enemigo a exterminar.

Estos hechos de preferir lo material sobre la vida de las personas, se repetiría más adelante al interior de los campos de concentración, pues, al pretender ahorrar balas y dinero, fabricaban un camino para exterminar grandes cantidades de vidas

humanas al menor costo posible. Esto se debió a que, desde el principio, no se tenía el conocimiento o la práctica de las cámaras de gas como se ha registrado con posterioridad a la llegada del Ejército Rojo a los campos de concentración. Más aún, al inicio se asumieron «formas más convencionales» para el asesinato de los judíos o de los prisioneros de estos campos, ya que se llevaban a cabo las ejecuciones mediante disparos, por ejemplo, hasta que las balas comenzaron a ser demasiado costosas para los fines que tenían al interior de los campos. De hecho, se pensaba que ni los edificios ni los soldados fieles al régimen debían vivir la magnitud del conflicto bélico originado en la II Guerra Mundial, era preciso buscar una manera de implementar la *Solución Final* sin que ello acarree traumas psicológicos para quienes debían ejecutar los asesinatos. En la actualidad sabemos que ninguna vida vale más que el dinero o que un conflicto en particular (Escobar, 2016), aunque al inicio del genocidio en cuanto tal al interior de Auschwitz – Birkenau, se pensaba de una manera diferente, pues, según nos menciona Adlington (2022):

Tras decidir que disparar contra civiles junto a trincheras y zanjas suponía un uso poco eficiente de balas y fuerza de trabajo, los nazis se concentraron en métodos de asesinato más perfeccionados que fueran menos traumáticos para los asesinos. Los experimentos iniciales empezaron con las denominadas inyecciones de eutanasia, seguidas de envenenamiento por inhalación de gas en furgonetas: se usaban los humos de los tubos de escape para matar a personas atrapadas en el interior de unos camiones sellados. Pero ninguno de estos métodos se adaptaba bien a la logística del genocidio. Fue en Auschwitz donde llegó la inspiración, debida, en parte, a los procesos relacionados con la ropa. (p. 175)

Según esto, el campo de concentración Auschwitz – Birkenau representó un experimento en el transcurso de la II Guerra Mundial, en tanto que allí se gestaron las principales órdenes de la «logística del genocidio». Esto significa que se gestaron diversos procesos para encontrar la manera de asesinar al mayor número de personas, generando el menor impacto en la *psique* de quienes fungían como perpetradores de las órdenes de asesinatos, sin contar con el hecho de que, al inicio, el uso excesivo de las balas significaba un alto costo para los administradores del campo de concentración y esto hacía que la guerra resultara más costosa para los alemanes. Así pues, se debía encontrar una manera menos traumática y al mismo tiempo de mayor eficiencia para la implementación de la llamada «Solución Final a la cuestión judía». El hecho partió, como se menciona en la cita, de los procedimientos que se efectuaban con respecto a la ropa. No necesariamente, cuando se habla acerca de esta, se está mencionando el Centro de Alta Costura que había al interior del campo de concentración, aunque indirectamente se puede hacer mención de ello. A lo que se hace referencia con mayor precisión es al destino de las pertenencias de los prisioneros que llegaban al campo, pues, debe recordarse que, en las tres novelas, se afirma que una vez

llegaban los prisioneros, eran despojados de sus pertenencias para ser alojados en unos sitios específicos.

Las tres novelas que se han consultado como base para el presente artículo, mencionan los almacenes llamados «Canadá» en los que se disponía de las pertenencias de los prisioneros del campo de concentración, una vez llegaban a este y eran despojados de los objetos materiales con los cuales llegaban. En estos almacenes, había algunos empleados, la mayoría judíos o prisioneros, aunque también había otros soldados alemanes que custodiaban las pertenencias para que no fueran a perderse, pues según Morris (2018), algunos de los prisioneros ganaban algunas indulgencias, como comprar raciones extras de comida o acceso al envío y recepción de correspondencia, con las joyas que extraían ilegalmente de «Canadá». Estos canjes podían hacerse con los elementos de mayor valor, los que, en efecto, se consideraban con mayor estima como diamantes, anillos y collares de oro o plata, chocolates, entre otros. Estos objetos materiales, tenían cierto valor interno por su relación con la comida, o porque los soldados y los administradores del campo se encargaban de extraerlos para enviarlos como regalo a los altos mandos del partido nacionalsocialista y ganar, en este sentido, algunos favores personales.

De estos almacenes «Canadá», también extraían prendas de vestir o telas para que en el Centro de Alta Costura se fabricaran los vestidos que posteriormente utilizaran las esposas de los comandantes del campo o los soldados de mayor rango. La implicación de estos almacenes estribaba en el hecho de recuperar las mejores prendas de vestir y las joyas que tuvieran mayor utilidad, bien sea como mecanismo de supervivencia al garantizar más raciones de comida o comunicación con el exterior, o como beneficios para los administradores del campo. No obstante, no contaban con la misma suerte aquellos elementos que eran considerados de menor cuantía o que no se consideraban como preciosos o de utilidad alguna. Se debe sumar a ello que cuando el número de prisioneros aumentó exponencialmente, las prendas de vestir y demás posesiones de los judíos también aumentaron significativamente. La solución para aquellos objetos era quemarlos, reducirlos a cenizas para que se liberara espacio para los objetos que cotidianamente llegaban al campo de concentración.

Esto es a lo que se hace referencia con los experimentos y los procesos que inauguraron el genocidio con relación a los tratamientos que se le daban a la ropa en Auschwitz – Birkenau. Esto se debió a que los prisioneros del campo de concentración recibieron ese mismo desenlace que la ropa que no era utilizada de alguna manera. En lo visto anteriormente, se afirmaba la macabra expresión «subir por la chimenea». Al hacer referencia a ello no es más que el destino final que sufrían los prisioneros del campo de concentración, sólo que en las novelas históricas consultadas se les da un tratamiento un tanto más literario, aunque

en el contexto en el cual se menciona, se hace explícito el hecho de que este «subir por la chimenea» representaba la muerte luego de la incineración de los cuerpos y su reducción a cenizas, tal como sucedía con la ropa de los almacenes «Canadá». De hecho, este experimento final al que llegaron en Auschwitz, representó la forma en la cual se gestó el genocidio y el perfeccionamiento de la «Solución Final a la cuestión judía» en cuanto que esta manera sistemática de asesinar a los prisioneros resultó más económica que las demás que se nos mencionan en la cita y, además, resultaron menos traumáticos para los perpetradores en tanto que no se exponían a los cuerpos sin vida de los judíos, y tampoco tenían que gastar balas en esta política de exterminio, ni tenían que verlos morir. Al asesinar prisioneros de esta manera, se evitaban los eventuales traumas para los perpetradores de los asesinatos, aunque ello representó el inicio de la barbarie (Adorno, 1998).

Lo mencionado hasta el momento nos otorga las ideas acerca de cómo se construyó la «logística del genocidio», según la cual la forma de asesinar a los «otros» fue perfeccionándose a medida que experimentaban más con los prisioneros en Auschwitz – Birkenau. La pregunta que se aborda luego de ello, en medio de los relatos que nos heredaron las tres novelas históricas en las que se ha basado el presente artículo, radica en lo siguiente: ¿Cómo llegaban las personas a este campo de concentración? Casi que podría mencionar que para cada uno de los prisioneros la historia se planteaba con unos matices diferentes en tanto que no había un derrotero o un paso a paso acerca de cómo debía gestarse el debido proceso para arrestar o seleccionar a cada hombre, mujer o niño que estuviese sentenciado a engrosar la lista de detenidos de este campo. Tanto Morris (2018) como Adlington (2021; 2022) nos mencionan que, en algunos casos particulares, como en el caso del gobierno de Eslovaquia, era el mismo gobierno el que colaboraba con el régimen nacionalsocialista al enviar, voluntariamente y sin coacción externa, a los judíos a este tipo de campos de concentración, aunque no en todos los casos se gestó de la misma manera. Lo que se nos cuenta en las novelas es una serie de hipótesis relatadas por parte de los mismos sobrevivientes de Auschwitz – Birkenau, ya que, según Adlington (2021):

Había oído que a la mayoría de la gente le daban unos minutos o incluso horas para preparar las maletas con sus pertenencias antes de emprender el viaje hasta allí. Qué suerte la suya. En mi caso, yo estaba volviendo del colegio a casa y bajaba por la calle – por la calzada, claro, porque si estabas en una Lista no podías andar por la acera –, balanceando mi cartera y preguntándome qué traería el nuevo número de Hogar y Moda. De repente, un camión con barrotes en las ventanillas de detrás se paró a mi lado y la policía empezó a chillar y a arrastrarme. Pedí ayuda a gritos, pero la gente que pasaba fingió no darse cuenta de nada. Las puertas del camión se cerraron con estrépito, sellando mi paso (sin ogros ni dragones) de un mundo a otro. (p. 116)

Aquí tenemos un par de ideas que debemos analizar antes de continuar: la manera en la cual capturaban a los futuros prisioneros del campo de concentración, incluida la edad de estos, y la indiferencia a la cual llegó el pueblo alemán en tanto que, al ser testigos de este tipo de hechos, poco o nada hicieron para evitarlo. Ante la primera idea debe mencionarse que el hecho de que algunas personas tuvieran tiempo suficiente para preparar sus maletas, y otras no, implicaba que con las pertenencias de aquellos a quienes les daban tiempo incluso de despedirse de los suyos y empacar lo poco o mucho que tuvieran, engrosaban los artículos que más adelante entrarían a los almacenes «Canadá» y posteriormente contribuirían al perfeccionamiento de los experimentos para llevar a cabo el *Holocausto*. Empacar unas pertenencias en unas maletas que a la larga no servirían de nada, pues al llegar al campo serían despojados de todo lo que llevaran, implicaría -como veremos en breve-, la extinción de la humanidad que les quedaba a los prisioneros de los campos de exterminio. Así pues, esperar darles la oportunidad de despedirse no era más que una forma de burla en tanto que quienes capturaban a sus futuros prisioneros sabían que esa despedida sería definitiva, pues la gran mayoría de quienes resultaban prisioneros murieron en los campos de concentración.

Asimismo, se debe observar, además, que la persona que habla allí en primera persona afirma que no tuvo tiempo de organizar una maleta, de despedirse de los suyos en tanto que fue «raptada» una vez se dirigía a casa desde el colegio en el cual estudiaba. Ella, según nos lo comenta Adlington (2021) terminó engrosando la lista de las trabajadoras del Centro de Alta Costura en Auschwitz – Birkenau, aunque para lograrlo tuvo que mentir sobre su edad, pues siendo menor de edad era casi imposible obtener un empleo que le permitiera sobrevivir a las incontables horas de encierro en este campo. Esto también nos quiere decir que en medio de las diferentes redadas que se realizaban para capturar a los futuros prisioneros, no se distinguía si se trataba de hombres, mujeres o niños. Simplemente se apoderaban de aquellos que eran considerados como los «otros» para llenar los campos, para ejecutar la llamada «Solución Final a la cuestión judía».

Ante esta situación, también debo interrogar: ¿Acaso cuáles eran los criterios para darle a algunas personas minutos, horas o nada de tiempo para empacar sus maletas y despedirse de los suyos? En las tres novelas consultadas para la elaboración del presente artículo, parecía que esto era una cuestión del azar ya que poco o nada se dice al respecto. En ocasiones llegaban hasta las casas con las listas de personas que irían prisioneros -en otros casos-, tal como nos lo menciona este comentario, eran sorprendidos en la calle mientras realizaban sus actividades cotidianas y, sin ninguna razón aparente, eran conducidos a los campos de concentración. En una hipótesis personal que construyo al respecto, planteo que, al inicio de la ejecución de la *Solución Final*, se disponía de una

logística que permitía que los judíos, entre las demás personas que con el paso de los años fueron capturadas o hechas prisioneras, fueran conducidos por la guardia de la SS a un eventual juicio que les enviaba, por cualquier motivo, a los campos. Ahora bien, a medida que iba pasando el tiempo y los prisioneros iban llegando incluso por miles (Morris, 2018), se requirió de una forma más rápida de conducirlos a su destino final, de ahí que los capturaran en las situaciones más cotidianas como el hecho de ir del colegio a la casa, entrando al mercado o saliendo de la sinagoga. De esta forma, resultaba más eficaz el uso del tiempo en el transporte hacia lugares como Auschwitz – Birkenau.

Por otro lado, la cuestión de la indiferencia de los alemanes ante la barbarie que estaba sucediendo, implicaba también cierta complicidad en los hechos ocurridos en medio de la guerra vivida y que conocemos como II Guerra Mundial. Cuando vemos esta última cita, se nos menciona el hecho de que la persona que fue capturada en medio de la calle gritó pidiendo auxilio, mientras que quienes estaban alrededor de la escena, continuaron con su vida como si nada estuviese sucediendo. Este hecho podría mencionarnos que ya estaban habituados a que raptaran a ciertas personas de esta manera. Eran los que consideraban como los «otros», así que no verían problema en que se los llevaran, pues, en cierto sentido, estaban de acuerdo con lo que estaba sucediendo al interior del régimen (Arendt, 2020). Esta indiferencia de la población civil frente a lo que estaban viviendo algunos de sus compatriotas, no los eximía por completo de la responsabilidad frente al atroz *Holocausto* que se estaba perpetrando. Claro está que este tipo de reacciones puede ser producto de una coacción externa, según la cual hay quienes amenazan con que les sucedería lo mismo en caso tal de defender a esos «otros» que había que exterminar.

Esta indiferencia, justificada o no, permitió que los acontecimientos que giraron alrededor de los campos de concentración se silenciaran en el universo de situaciones que estaban ocurriendo dentro de estos lugares. No obstante, una vez culminó la guerra y comenzaron a narrarse los diversos testimonios de quienes los habitaron, evidenciaron las prácticas llevadas a cabo al interior de aquellos campos. Esto no quiere decir que todas las experiencias se hayan conocido de una vez y para siempre, sino que fueron dándose a conocer con el paso de los años, pues vemos que incluso las tres novelas que se han estudiado muestran parte de esas experiencias y se expusieron casi 80 años después de que hayan tenido lugar los acontecimientos que se ventilan. Esto es posible gracias a que la memoria no es lineal (Ricoeur, 1992) ni se construye en un solo momento histórico (Jelin, 2002). En efecto, cuando estamos atados a un conflicto bélico, podemos afirmar que los acontecimientos que han tenido lugar allí, en el lugar en el cual sucedieron los actos violentos, surgen a medida que pasan los años

y, sobre todo, cuando los testigos de los hechos obtienen el valor para contar lo que les ha acaecido en ese instante, atados a la memoria de ese lugar. En lo que respecta a las novelas estudiadas, evidencian la indiferencia de una parte del pueblo alemán, pero no registran los motivos que condujeron a la población a esa indiferencia con respecto a los «otros», y las arbitrarias maneras en las que fueron capturados como prisioneros, o los vejámenes que tuvieron que vivir mientras se encontraban en los campos de concentración.

Ahora bien, más allá de lo que se ha dicho acerca de cómo han sido trasladados a los campos, se puede mencionar que, al llegar a estos, la cuestión de la humanidad que cada uno poseía podía perderse, pues la bienvenida que se les daba al lugar no era la mejor. Si bien es cierto que en la sociedad eran vistos como los «otros», al interior de los campos podían ser tratados como objetos sin valor en tanto que se prefería rescatar las pertenencias de los prisioneros que las vidas de éstos. En lo que nos hereda Morris (2018) nos dice que el tatuador, quien era uno de los prisioneros que se dedicaba a este oficio con tal de salvaguardar lo más que pudiera su vida ante las atrocidades que se vivían allí bajo la esperanza de que un día pudiese salir de Auschwitz, nos dice que «una vez más, llegan a las puertas de Auschwitz y Lale mira las palabras sobre las puertas: *El trabajo os hará libres*. Maldice en silencio a cualquier dios que esté escuchando» (p. 118). Por su posición como 'tatuador' de los presos que llegaban al campo, Lale tenía la posibilidad de movilizarse casi por donde quisiera y sus servicios podían prestarse tanto en Auschwitz como en Birkenau. Así que cada vez que pasaba entre los campos para tatuar los números con los que se identificaría a cada prisionero, debía ver ese letrero que decía «el trabajo os hará libres». El suyo no es que fuera el más apreciado ya que, gracias a él, quienes llegaban al campo perdían su identidad para ganar una nueva que estaba recogida en un número al que debía responder desde ese momento.

Además, el hecho de que estuviesen adentro, parecía ser una crisis de identidad, pues esta se perdía por completo para ser reemplazada por los números que se les tatuaban en su brazo derecho. De nuevo, Morris (2018), nos da esta lección cuando afirma: «Sólo soy un número. Deberías saberlo. Tú me lo diste» (p. 86). Esta es una respuesta que le da una de las prisioneras a Lale, 'el tatuador'. Según nos cuenta la autora, ambos personajes sobreviven a la guerra y se casan una vez logran salir del campo de concentración. No obstante, ese hecho de pensar que al interior del centro solamente se puede identificar con un número, el cual le ha sido tatuado, hace ver que quien era afuera, antes de que la guerra comenzara, se desdibujaba de la mente de la mujer que en ese momento lanza esa frase. ¿Cómo podía ser posible que alguien más se interesara por saber tu nombre en medio de las condiciones por las cuales estaba atravesando? Parecía

incluso un tanto extraño que se preguntara por el nombre, aquél que se poseía antes del encierro y no se leyerá el número que llevaba expuesto en el brazo. El choque entre el número tatuado y la pregunta acerca del nombre marcaba un choque entre la realidad que subyacía alrededor y el recuerdo de que, más allá de las condiciones de vida que tuvieran en ese momento, aún se podían considerar como seres humanos, pues había alguien interesado en conocer la historia, o por lo menos el *nombre de la persona* que llevaba un número tatuado en uno de sus brazos y que lo había perdido todo al momento de llegar al campo de concentración.

La escena no termina allí. Ante la extrañeza de ser interrogada por el nombre, se afirma que, más allá del *número* tatuado en el brazo derecho, la persona tenía una identidad, una historia por fuera del perímetro en el que se había construido Auschwitz. De cara al eventual recuerdo de lo que pudiese haber afuera, la respuesta fue contundente: «El exterior ya no existe. Sólo el aquí» (Morris, 2018, p. 87). Eso nos podría sugerir un eventual olvido de la subjetividad, ya que no había un recuerdo de quién era ese ser humano, *sólo* se recordaba que había un aquí y un ahora, en el que se habita un lugar inhóspito, un sitio en el que la pregunta por la identidad no era posible, pues había nacido una nueva persona cuyo valor parecía haberse perdido al momento de ingresar al campo de concentración y ser tatuada con un número... ¿Quién era ese número antes de que la guerra comenzara y deviniera una prisionera? El intento de negación de la respuesta implicaba una cierta renuncia a la esperanza de que se pudiera sobrevivir a tan cruentas experiencias que habitaban al interior del campo. Se recuerda que en ese pasado se dejaron atrás amigos, familiares, amores, estudios, propiedades, sueños y aspiraciones. Todo se había perdido al momento de ingresar y ser bienvenidos bajo la sarcástica frase «*el trabajo os hará libres*». ¿*De qué libertad se les hablaba si todos los días eran una copia de lo mismo y vivían las mismas experiencias esperando el momento del deceso?* Esas emociones surgen en la novela una vez se pregunta por el nombre de una mujer que luego de una temporada en Auschwitz, parece haber olvidado quién era.

Efectivamente, allí se afirma que la identidad de los prisioneros parecía estar modificada por las condiciones de vida a las que eran sometidos en los campos de concentración. Cuestión que se confirma en la sentencia que dicta la mujer ante la insistencia de conocer el nombre que hay detrás de ese número: «Soy la prisionera 34902 en Birkenau, Polonia» (Morris, 2018, p. 87). Este aparente olvido de la subjetividad nos hace pensar en lo que pudieron haber hecho a los prisioneros hasta conducirlos a esto. Esos «otros» que habían comenzado a ser vistos por fuera de la colectividad, como si tuvieran la culpa de algo que ellos mismos no habían determinado, desembocó en el olvido de quiénes eran, de

que incluso el valor de su vida, de la humanidad que representaban, se había quedado puertas afuera del campo de concentración, y que ahora no podían reclamar lo que les pertenecía: su *identidad*. No, dentro de Auschwitz – Birkenau eran sólo números, cifras que perecerían en cualquier momento para «subir por las chimeneas»... De esta manera, las acciones que ocasionaron a que los moradores de los campos perdieran su identidad, era una de las consecuencias de la ejecución de la llamada «Solución Final a la cuestión judía», lo cual se perfeccionó al interior de este campo de concentración que tantas veces se ha referenciado en el presente escrito.

Por otro lado, parecía que sobre Auschwitz se habían creado algunas otras leyendas, algunos comentarios que, en estricto sentido, hacían ver al campo de concentración como un mito (real) para asustar a los demás. Adlington (2021) nos lo argumenta con su prosa al afirmar: «Había sido la Guerra la que me había llevado a Birchwood, conocido, en otro idioma más duro como Auschwitz – Birkenau. El lugar al que todos llegan y del que nadie sale» (p. 34)... Al menos los comentarios nos mencionarían que quienes entraban no saldrían con vida, pues, como ya se ha mencionado en varias oportunidades, la idea generalizada de los prisioneros era que ‘salían por las chimeneas’ luego de haber experimentado la muerte en las cámaras de gas que se fabricaron al interior de Auschwitz. Más aún, el terror que se vivía al interior del campo comenzó a expandirse por diversas partes de Alemania y de Europa, ya que cada persona tenía conocidos que habían desaparecido para engrosar las listas de los residentes del campo y no volver a verlos, al menos con vida. Además, las pocas personas que lograron extraer alguna pertenencia de valor de los almacenes «Canadá», y lograron con ello pagar para que una carta, un telegrama o alguna otra comunicación con el exterior le llegara a familiares o amigos, contribuyó con el poco conocimiento que se tenía afuera acerca de este campo de concentración. Todo ello, sumado a las especulaciones de quienes no ingresaron a Auschwitz por cualquier motivo, fungió como fundamento de lo que se vivía y afirmó esa expresión de que quien entraba no regresaría al hogar.

En este punto, se hace menester reconocer el papel de quienes dirigían Auschwitz – Birkenau, pues sus funciones han contribuido para que esa leyenda que comenzó a gestarse incluso cuando el campo estaba en funcionamiento, se expandiera por todos los rincones del mundo. El comandante que dirigió este centro, Rudolf Höss, era el responsable de cerca de 3 millones de muertes que son las que históricamente se han atribuido a este campo de concentración (Sadurní, 27 de enero de 2022). Más allá del destino que han obtenido en los llamados Tribunales o Juicios de Núremberg, la visión que se tenía de ellos al interior del campo no era la mejor, pues Adlington (2021) nos menciona, hablando de los dirigentes del campo, que «allí estábamos, en un campo de prisioneros para inocentes, dirigido

por criminales» (p. 42). Así que los mismos prisioneros sabían quiénes los habían capturado y, a pesar de saber el destino que asumían, no podían más que maldecir a sus verdugos. Sus vidas se habían visto abruptamente interrumpidas a causa de las capturas a las que fueron sometidos y, además, la identidad de cada cual había desaparecido a medida que pasaba el tiempo en Auschwitz, de tal suerte que habían desconocido su nombre mismo para adquirir un número como nueva identidad, desconociendo la existencia de un afuera y, con el paso del tiempo, se reconocían como prisioneros en este campo sin comprender siquiera lo que habían hecho para haber llegado allí.

Desde luego, las preguntas que surgían de quienes estaban reclusos en estos campos de concentración se remitían incluso a cómo llegaron a ese lugar. El nombre de algunos de ellos había aparecido en unas listas, lo que provocó que la guardia de la SS llegara por ellos a casa; algunos otros azarosamente provenían de situaciones cotidianas, como salir del colegio o del mercado, mientras que otros desconocían, no recordaban o habían olvidado de alguna manera los últimos hechos que habían vivido antes de llegar a Auschwitz – Birkenau. De hecho, en el tiempo de permanencia en este lugar, podría hacer pensar en la propia culpabilidad, tal como nos lo menciona Adlington (2021), cuando nos afirma: «pero si ninguno de nosotros había hecho nada malo, ¿cómo podía ser que hubiéramos acabado en una prisión como esa?» (p. 60). Se reconocían como inocentes, aunque, con el paso del tiempo, ellos mismos habían comenzado a dudar de esta inocencia, pensando que el destino que preveían era el que merecían, o, incluso, aseverando que la muerte era lo mejor que les podía pasar, pues cada día perdían la esperanza de que se pudiera salir del campo de exterminio.

Algunos de los prisioneros, a su manera, escuchaban las noticias del exterior. Algunos por relaciones que comenzaron a construir dentro del campo o por los sobornos a los que se sometían los guardias de la SS, quienes seducidos por las joyas que los prisioneros lograban robar de «Canadá», daban información acerca del estado de la guerra, o por los rumores que los nuevos prisioneros traían del exterior. Todo esto representaba una habladuría o cuchicheo que corría al interior del campo, pero nada podía ser conocido con certeza, pues los guardias se encargaban, en la mayoría de los casos, de cortar comunicación entre los prisioneros y el mundo exterior. Aunque tanto Adlington (2021, 2022) como Morris (2018) describen la escena de cómo uno de los aviones de la Unión Soviética, a finales de 1944 sobrevoló el territorio de Auschwitz, lo cual, además de dar esperanzas a los prisioneros, casi culminó en un levantamiento generalizado de éstos. La solución implementada al interior del campo acarreó el incremento del derramamiento de sangre de quienes procuraron avivar los ánimos de los prisioneros en pro de su libertad.

Así pues, estas escenas de muerte que se nos describen en las novelas nos muestran que este campo de concentración, Auschwitz – Birkenau, podría incluso ser catalogado como un cementerio de muertos vivientes que esperaban pacientemente el fin de su vida por una pena, una sentencia que nadie había dictado y por un delito que nadie era consciente de haber cometido. Además, puede ser posible que en la gran cantidad de testimonios que se nos hereda de este campo, aún haya secretos y lugares, acontecimientos y experiencias que aún no hayamos conocido... Los relatos de los supervivientes al Holocausto parecen darnos cada vez más elementos para afianzar la idea de que la barbarie tuvo lugar en la tierra, al menos por el tipo de experiencias que se nos narran de lo vivido en medio de la guerra, como el comentario que Morris (2018) recoge de quien fungió como ‘el tatuador’ de Auschwitz:

El oficial de la SS abre las dos puertas de par en par y entran en una cavernosa habitación. Cuerpos, cientos de cuerpos desnudos, llenan el lugar. Están apilados unos sobre otros, sus extremidades torcidas. Ojos muertos con la mirada fija. Hombres, jóvenes y viejos; y niños debajo ...
Sangre, vómito, orina y heces. El olor a muerte impregna todo el espacio. Lale intenta contener la respiración. Le arden los pulmones. Las piernas amenazan con ceder bajo su peso. (p. 166)

Claro está que estos cuerpos apilados no hacen parte de quienes eran asesinados por alguna razón al interior del campo. Correspondían a quienes fenecían a causa de las enfermedades que azotaban a Auschwitz. La cuestión, en este aspecto, implicaría el hecho de tener los cuerpos arrumados de esta manera, pues, según se nos narra, aquí se carecía de cualquier muestra de dignidad frente a la humanidad de quien había acabado de morir. Es probable que estos cuerpos estuviesen en uno de los almacenes del campo, esperando a que las cámaras de gas pudiesen reducir a cenizas estos cuerpos. Según las autoras de las tres novelas -parte de este estudio-, las cámaras funcionaban las 24 horas del día y aun así no daban abasto. Los cuerpos de quienes morían por razones naturales debían esperar pacientemente un momento para la destrucción final que implicaba ese *subir por las chimeneas*. No sólo consistía la situación en morir de una forma indigna sino en aguardar un final en el que hasta el recuerdo mismo terminaría por fenecer bajo las llamas de las cámaras de gas. Sin importar el género, la edad o la procedencia de las personas, todos tuvieron el mismo final...

El tifus, por ejemplo, fue una de estas enfermedades que cobró la vida de centenares de personas, aunque no fue la única, pues el cansancio físico y el hambre también indujeron a que muchos de los moradores de Auschwitz – Birkenau, terminaran perdiendo su vida. En un centro en el que los prisioneros eran obligados a trabajar durante largos períodos de tiempo bajo condiciones climáticas adversas, y en dónde ni siquiera había derecho a una buena alimentación ni a un sistema de salud

digno y se debía sobrevivir al lado de la muerte, pues los hornos crematorios y las chimeneas funcionaban las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, tuvieron sus implicaciones en la salud, tanto física como mental y emocional de los prisioneros, quienes comenzaron a presentar diversas enfermedades y a morir a causa de ellas. Si uno de los prisioneros no podía trabajar por enfermo, su puesto de trabajo era cedido a otra persona y, si no tenía quién pudiera ocuparse de él en el momento de la enfermedad, terminaría en algunas de las habitaciones en dónde reposaban los cuerpos sin vida de quienes morían esperando ser cremados. Estas, en general, eran las condiciones bajo las cuales tenían que lidiar los prisioneros de Auschwitz – Birkenau. Y, además, representaban una página en la historia alemana que jamás sería contada, pues, al decir de Adlington (2022):

Höss le había prometido a Himmler que el programa de exterminio se mantendría como un asunto de Estado secreto. El propio Himmler lo había declarado «una página de gloria no escrita de nuestra historia que jamás debe ponerse por escrito». (p. 269)

Mediante este monstruoso tipo de comentarios, se podía establecer el grado de consciencia adquirida por los altos mandos de gobierno, quienes estaban implicados en esta política de exterminio que dejó a todo el país lastimado a causa de los acontecimientos que tuvieron lugar en los campos de concentración. Además, los intentos por que lo sucedido no se conociera no se evidenciaba sólo en este tipo de comentarios, sino que se reflejaba en la acción, pues se procuraba quemar los diferentes registros y las pruebas que pudieran involucrarlos en el asesinato sistemático de los «otros». Cuando los alemanes comienzan a perder la guerra y las tropas del Ejército Rojo se acercan a Auschwitz – Birkenau se apresuró el proceso de quemar los archivos, los registros de los asesinatos y los crímenes que se llevaban a cabo al interior del campo, ya que «si se quemaban, era como si no hubieran cometido aquellos crímenes» (Adlington, 2022, p. 366).

Así pues, se puede observar incluso que dentro de la «Solución Final a la cuestión judía» que posteriormente se perfeccionó hasta que se desarrolló la llamada «política de exterminio», también se pensó en el hecho de ocultar hasta donde fuera posible las pruebas que pudiesen aportarse en contra del régimen nacional-socialista y las eventuales consecuencias jurídicas que pudiesen afrontar quienes llevaron a cabo tan horrendo *Holocausto*. Desde la planeación, la implementación y posteriormente la quema de las pruebas, todo fue un plan orquestado en contra de los «otros», quienes terminaron padeciendo las acciones de aquéllos que formaban parte de la cohesión de ese «nosotros» que se consolidó previo a la ‘Noche de los cristales’, y que contribuyó a la aceptación generalizada de los crímenes cometidos al interior de esos campos de exterminio, de los cuales, Auschwitz – Birkenau resultó uno de los más célebres por su sadismo. Ante el acontecimiento

de quemar los registros que podrían implicar las condenas a quienes fungían como los verdugos en los campos y en la política del régimen, los testimonios de quienes vivieron la barbarie resultaron de particular importancia, pues, por medio de las narraciones que ellos nos testificaron, podemos comprender el universo de situaciones experimentadas por ellos y dimensionar hasta dónde ha podido llegar una política para exterminar a aquéllos que eran considerados como «otros».

El contraste con vivir el conflicto por fuera de él

La cuestión de los campos de concentración en medio del conflicto bélico desatado en el marco de la llamada II Guerra Mundial, no solamente implicó aquellas perspectivas que se conocieron gracias a los testimonios de los supervivientes de estos campos una vez las tropas de los Aliados los liberaron, sino que también conllevó las múltiples perspectivas que se albergaban en estos lugares en el desarrollo mismo de las confrontaciones armadas entre la coalición y la triple alianza. Efectivamente, lo que logró saberse desde el exterior fue lo que permitió el hecho de que se produjeran intervenciones militares para rescatar el orden público y, además, para garantizar la seguridad de un continente (Europa) que había visto flanqueadas sus fronteras a causa de las acciones del régimen nacionalsocialista. Además, algunos comentarios -como el de Morris (2018) cuando afirma que «se habían filtrado relatos sobre los campos de concentración, pero nadie sabía todavía que habían sido convertidos en cadenas de fabricación de muerte. No obstante, sí sabían que la gente no regresaba» (p.155)-, comenzaron a alertar a la comunidad internacional acerca de lo que estaba sucediendo en el territorio europeo. Añadióse a esto la invasión que sufrió Polonia (Ziemer, 2009) y que desató el inicio de las hostilidades por parte de la comunidad internacional en el territorio europeo. Todos estos comentarios fueron los que movilizaron al mundo entero a poner atención a los graves hechos que estaban ocurriendo en el marco de los enfrentamientos en Europa.

Si bien es cierto que, como se ha mencionado anteriormente, se conocen con mayor profundidad los hechos acaecidos en el marco de la II Guerra Mundial -por los comentarios y los testimonios que se nos han heredado en tiempos posteriores a la guerra, cuando esta se estaba desarrollando-, existían algunos comentarios de personas que sabían que algo estaba funcionando del todo mal y que, justo por ello, fue que se iniciaron los enfrentamientos dado que pasó de ser un evento que sólo le interesaba a los alemanes a un insuceso que se convirtió de interés generalizado derivado de la barbarie que se estaba viviendo en suelo europeo. De hecho, los acontecimientos que tuvieron lugar en el marco de la guerra no sólo influyeron en cierto tipo de literatura que, como hemos visto hasta ahora, constituyeron novelas históricas que pretendían heredar a la posteridad los testimonios y comentarios de quienes habían sobrevivido a los

campos de concentración, sino que la guerra había sido tan profunda que incluso influenció otros tipos de narraciones que procuraban, a su modo, exponer los hechos que se vivieron desde fuera del conflicto. Parte de ello se pudo constatar en las obras del profesor estadounidense Frank McCourt (2011, 2015, 2019), quien, realizando una biografía de su familia, en varios apartados comenta cómo le ha afectado la guerra y cómo algunos de los padres de sus amigos y el suyo propio, salieron de los suburbios en Irlanda para trabajar en fábricas de municiones o en el frente defendiendo a Inglaterra.

Cuando este profesor estuvo prestando su servicio militar, se infiere que su conocimiento acerca de la II Guerra Mundial se limitaba a las pocas noticias que obtuvo de su padre cuando éste se encontraba trabajando en una fábrica de municiones en Londres, mientras él y su familia esperaban pacientemente el cheque que se enviaba cada mes para los gastos y la manutención del hogar. Cuando la guerra estalló, el profesor universitario era un niño y, con el desconocimiento del mundo, habitaba su barrio bajo condiciones adversas. Por ello, cuando prestó su servicio militar y debió transportar algunos productos por toda Europa y conducir un camión y pasar por Dachau -otro de los tantos campos de concentración construidos por el régimen nacionalsocialista-, se sorprendió por la reacción de uno de sus compañeros, quien corrió despavorido al ver la entrada y el nombre de este campo, mientras que, al realizar un recorrido al interior del mismo campo, preguntó a otro de sus acompañantes:

Pregunto a Buck si hay fosas comunes bajo las placas y él me dice que no hacen falta fosas comunes cuando se quema a todo el mundo, y eso es lo que hacían en Dachau, los muy hijos de perra. (McCourt, 2015, p. 128)

En parte, la pregunta que ingenuamente se plantea hace parte del desconocimiento que se mantenía de los acontecimientos que tenían lugar en medio de la guerra y que, para la época, habían sido poco expuestos, pues los testigos de la barbarie apenas si habían comenzado a hablar acerca de las experiencias que habían tenido en esos lugares recordados como *campos de concentración*. En este sentido, la humanidad apenas comenzaba a escuchar los relatos y los testimonios de quienes habitaron en estos campos, así que todavía el conocimiento de estos espacios se basaba en los rumores que se habían filtrado por medio de las cartas que algunos prisioneros habían enviado ilegalmente, y todavía se requería observar las fotografías y los relatos que muchos narrarían más tarde. Este soldado, que posteriormente deviene profesor universitario, tan sólo quiere descubrir aquello que se encuentra bajo las placas conmemorativas de los campos y desea comprender por qué su amigo de filas corrió apenas vio el nombre *Dachau* en la puerta de entrada del lugar al que tenían que llegar con un cargamento para repartir a aquellos que se consideraban como los más

necesitados. Esta novela autobiográfica -puedo afirmar-, está lejos de reconstruir históricamente lo que significó la II Guerra Mundial, pero como habitante de la época que cuenta su historia personal, de alguna manera hace referencia a uno de los eventos bélicos más recordados del siglo XX. Y lo cuenta desde dentro de uno de los campos de concentración más recordados, aunque ingenuamente desconocía la cantidad de horribles acontecimientos que allí tenían lugar.

Más aún, McCourt, en su época como soldado, recorrió el campo de concentración llamado *Dachau* con la ingenuidad de obtener respuestas a aquello que de pequeño había escuchado y que, *stricto sensu*, le había dado la posibilidad de sobrevivir al hambre y a la necesidad económica en medio de un conflicto que nadie le explicó, dado que desertó del bachillerato para trabajar repartiendo diarios de prensa y ayudar a que sus dos hermanos menores no perecieran de hambre en las periferias de Irlanda, en donde morían aquellos desfavorecidos que eran abandonados por unos padres que, para bien o para mal, habían partido para la guerra. En su infancia supo que su padre partió para Inglaterra y trabajó en una fábrica de municiones; que existía un caudillo llamado Adolf Hitler que estaba causando problemas, y en los periódicos que consultaba de vez en cuando, hablaban acerca de las hostilidades. Sin embargo, aún estaba muy pequeño para comprender las dimensiones de lo que estaba pasando en ese momento en el mundo y sólo después de devenir profesor universitario comprendió lo que implicó ese momento histórico para la humanidad.

En efecto, para Frank McCourt, representado en esta escena por ese soldado, la guerra estuvo lejos de casa, pues una vez su padre partió, fueron pocas veces las que tuvo contacto con él excepto para saber que se gastaba el dinero producto del salario en la fábrica de municiones en las tabernas de Londres y -era habitual, según le dijeron sus vecinos-, sacarlo borracho de aquellos lugares para que cumpliera su labor con Irlanda en medio de la guerra. El padre de Frank McCourt partió con la esperanza de que en Inglaterra -y gracias al conflicto que había con los alemanes pudiera ganar lo suficiente como para que sus hijos no perecieran de hambre-, pero una vez comenzó a percibir dinero, se olvidó de este propósito y quiso olvidarlo todo bajo el alcohol. Mientras tanto, el niño Frank tuvo que abandonar sus estudios para ayudar en la crianza de sus hermanos y sólo después de prestar su servicio militar durante dos años y ganar una beca por los servicios prestados en la armada, pudo transformar su vida y comprender los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en su infancia, entre los que más relevantes la II Guerra Mundial y los campos de concentración.

En la Irlanda de la guerra, al parecer, reinaba la zozobra por el hambre y las familias de escasos recursos económicos -como los McCourt-, no tenían lo suficiente para alimentar a sus hijos. Tal vez por ello muchos padres decidieron ir al frente

de combate para participar en las hostilidades, o tener algún tipo de trabajo en la guerra y asegurar, con estas acciones, el futuro de sus hijos y de sus esposas. Según nos cuenta McCourt, en sus novelas tituladas *Las cenizas de Ángela* (2019), *Lo es* (2015) y *El profesor* (2011), no vieron en la guerra la posibilidad de ser patriotas y de luchar para dejar en alto el nombre de Irlanda, sino que asistieron al ejército porque necesitaban dar de comer a sus hijos y a sus esposas... De hecho, el reconocimiento de esto se plasma de forma directa en varias partes de sus novelas:

— Por fin tenemos dinero suficiente para comprar comida y zapatos, gracias a Dios y a su Santa Madre —dice la señora Clohessy—. ¿A que no sabes con quién se encontró Paddy allá en Inglaterra, con catorce años y trabajando como un hombre? Con Brendan Kiely, al que llamabais *El Preguntas*. Está trabajando, y ahorra para ir a alistarse en la Policía Montada y cabalgar por todo el Canadá como Nelson Eddy, que cantaba «Te llamaré, uh, uh, uh, uh, uh, uh»... Si no fuera por Hitler, estaríamos todos muertos, y vaya si es terrible tener que decir una cosa así. ¿Y cómo está tu pobre madre, Frankie? (McCourt, 2019, pp. 408 – 409)

Si bien es cierto que, según esto, algunos adultos estaban enterados de lo que estaba sucediendo en el marco de la guerra, también debían agradecer que esto estuviese sucediendo, dado que, de esta manera, se estaba garantizando el dinero suficiente para algunos hogares irlandeses y así asegurar el alimento propio de los niños de esta nación; sobre todo, de aquellos que habitan en los suburbios, en las periferias de Irlanda que, para la época en la que se desarrolló la II Guerra Mundial, parecía que morían de hambre. Este reconocimiento que se hace en la expresión «si no fuera por Hitler, estaríamos todos muertos», parece ingenuamente introducida en la novela, pero asevera que, en algunos lugares del mundo, a pesar de la barbarie que se estaba viviendo en algunos pueblos, otros simplemente estaban agradeciendo dado que, si no fuera por el conflicto bélico que se vivía, no tuvieran la cantidad suficiente de dinero para satisfacer las necesidades alimenticias de los hogares.

Podría afirmarse que esto sería una falta de respeto para con las víctimas, pero debo ser claro en mencionar que son percepciones que se exponen en diferentes novelas acerca de un hecho histórico estudiado profundamente desde diferentes frentes. Además, debo destacar el hecho de que aquí tanto las novelas que se expusieron en el apartado anterior como estas de McCourt, exponen sus experiencias y vivencias en una época determinada de la sociedad, no necesariamente en concordancia de contenido, aunque sí coincidentes en el tiempo en el que suceden los acontecimientos que atañen a cada una de las novelas. McCourt, en parte, también expone sus ideas a través de la ingenuidad del desconocimiento, dado que para la época en que se introduce este último comentario, él era un niño

que poco o nada comprendía de la realidad que subyacía a su alrededor. Sabía que había una guerra y que su padre y sus vecinos habían partido a ella: mas parecía que era desconocido para él hasta varios años más tarde cuando, por medio de la educación universitaria que recibió, pareció comprender la complejidad y la profundidad de lo que vivió siendo apenas un niño.

Lo que vale la pena destacar en este doloroso contexto, es el hecho de que las percepciones de un conflicto bélico y de un lugar como los campos de concentración pueden ser tan disímiles como aparece en este artículo. Simplemente, procuro contrastar que los testigos directos de los campos de concentración, aquéllos que los habitaron y que narran cuáles sus patéticas vivencias dentro de estos lugares -aunque sea en la exposición de una novela histórica-, resultan enriquecedoras para aquellos que se atreven a leerlas; mientras tanto, en aquellas otras novelas que también presentan un aspecto autobiográfico, pero que no vivieron directamente la guerra ni el conflicto, parece evidenciarse un vacío histórico con respecto a lo que acaeció al interior de los campos. En primer lugar, cuando el soldado recorre estos con cierto asombro y curiosidad, quien ha vivido en uno de ellos parece no tener el valor suficiente para ingresar y recorrerlo. Del mismo modo, quienes saben con experiencia propia, lo que significó habitar estos lugares le asigna un significado de barbarie a lo allí vivido, mientras que -según la última cita textual-, quienes vivieron al margen de las hostilidades y se beneficiaron con la guerra, a pesar de saber la complejidad de lo que están mencionando, dan gracias porque mediante la guerra se permitió solventar las necesidades económicas del hogar...

Para culminar este apartado, tan sólo se debe mencionar el hecho de que -incluso en algunos casos, como un consuelo hacia los demás-, podían decirse algunas palabras o exponerse situaciones imprudentes con respecto al origen de algunas personas que, tras algunos recuerdos parecía que se activara un trauma adquirido en el pasado y que parecía seguir afectando el presente de algunos estudiantes que llegaban hasta la oficina de los profesores para desahogarse de cuanto les pasaba en sus relaciones con sus padres, o cuando se daban cuenta de que éstos no habían sido los mejores del mundo. Al respecto, McCourt (2011), puntualiza:

Se quedó una hora en el despacho del profesor, hablando y llorando, y el profesor le decía que no pasaba nada, que él tenía un padre al que consideraba un polaco judío 'hijo de perra' y ruin, olvidándose de que ese polaco judío 'hijo de perra' y ruin había sobrevivido a Auschwitz y logrado llegar a California y criado al profesor y otros dos hijos. (pp. 292 – 293)

En esta época, como puede verse, las relaciones entre las personas parecían estar atravesadas por lo que había sucedido al margen de las hostilidades en el marco de la llamada II Guerra Mundial. Sin embargo, no solamente las impresiones de

lo que sucedía eran disímiles, sino que en realidad no se sabía quiénes tenían un pasado tormentoso o habían sobrevivido a un campo de concentración. Independientemente de si se estuvo adentro o afuera de estos tétricos lugares, al parecer toda una generación estuvo marcada por los sucesos alrededor de la esta monstruosa guerra y de lo que el *nacionalsocialismo* ejecutó en el continente europeo. El *Holocausto* fue una barbarie tan profunda que parece que no hubo ninguna persona de esta generación que haya escapado a los comentarios o a las noticias alrededor de este insuceso. De hecho, 80 años después de la llegada del *ejército rojo* y la liberación de Berlín, nos siguen llegando comentarios, relatos, narraciones y testimonios que nos ayudan a comprender las diversas aristas construidas de este universo que ha sido la llamada II Guerra Mundial. Esa reconstrucción se hace gracias a los trabajos de la memoria y al hecho de que los testigos directos de lo que aconteció en este tiempo, siguen hablando y narrando y contándole al mundo lo que ha significado para ellos haber sobrevivido a tanta barbarie.

Los trabajos de la Memoria

Para rematar y cerrar el presente artículo, debo introducir algunos apartados de mi *Tesis de Maestría en Educación*, los cuales giran en torno al concepto de la *Memoria* que, si bien es cierto que he introducido en este texto, quisiera darle un énfasis un poco más fuerte en estas líneas finales, dado que considero oportuno que el trabajo de la memoria es justamente aquel que preserva cuidadosamente el recuerdo, sobre todo el inestimable testimonio de quienes han vivido de primera mano los acontecimientos de un evento específico, en este caso particular, de Auschwitz – Birkenau, en el marco de la II Guerra Mundial. Esta introducción de los apartados que continúan los realizo dado que, a pesar de no haber trabajado directamente la temática de la II Guerra Mundial en mi Tesis de Maestría, sí realizo un aporte al significado de los testimonios en la reconstrucción de lo que es la Memoria en los procesos en los que se ha vivido un conflicto armado particular y se pretende aspirar a la *no repetición* de las hostilidades tan horrendas y de los diferentes enfrentamientos que han vivido las víctimas inocentes en las guerras.

Según mi criterio, la Memoria no implica rememorar por el mero hecho de recordar, sino que conlleva una aspiración a obtener las garantías de *no repetición* de un acontecimiento traumático como lo es una guerra o el drama del conflicto armado (Escobar, 2016). En el caso particular que he venido exponiendo a lo largo de este artículo, este insuceso tan traumático es la barbarie que se ha vivido en el marco de la guerra con todas las consecuencias que hayan podido derivarse, bien sea físicas con el exterminio de familias y pueblos enteros, o psicológicas con las expresiones metafóricas que se veían anteriormente como «subir por la chimenea» o los silencios que se gestaron durante años, dado que las familias

o las mismas víctimas no se consideraron capaces de abordar las experiencias vividas en el marco del conflicto y de la guerra como ejercicio de la violencia directa (Galtung, 1998).

Más aún, este asunto de la *no repetición* del conflicto armado o de la guerra se introduce extrapolando las palabras de Adorno (1998), cuando escribía: “Que Auschwitz no se repita” (p. 79), y afirmaba que esta es la primera exigencia que debe hacerse a la Educación. *Stricto sensu*, no sólo a la educación sino a la sociedad misma se le debe conminar a la disposición de *no repetir* los hechos que han llevado a la humanidad a diferentes estadios de extrema violencia directa, en los cuales siempre resultan más y más víctimas inocentes. La cuestión no es solamente reducirnos a opinar que la educación y sus instituciones o planteles deben asumir un papel fundamental en las garantías de *no repetición* de las causas que originan la guerra, pues la sociedad civil también posee una responsabilidad frente a la armonía y la sana convivencia. A todas luces, la humanidad debe re-aprehender -desde las múltiples perspectivas que existen- vías pacíficas para la resolución de nuestras diferencias, por complejas que parezcan.

Por otro lado, la exigencia de que la violencia directa *no se repita* implica una movilización, un accionar de actividades, recursos, oportunidades de transformación que se posibiliten gracias a que la sagrada *Memoria* nos ha dejado en claro ese pasado que no deseamos repetir. Si analizamos esto a la luz de la Alemania nazi, se es enfático en mencionar lo vivido en este campo de concentración de Auschwitz y, aunque han pasado ya 80 años entre la clausura de este y el presente, seguimos descubriendo nuevos testimonios que hacen que la Memoria de este sitio sea cada vez más amplia y, al mismo tiempo, que continúe una movilización para que los hechos allí acontecidos no vuelvan a repetirse. En los autores que he mencionado, quienes escriben los conmovedores testimonios de Auschwitz, emerge una intencionalidad clara: dejar en herencia los hechos ocurridos en la barbarie para que las nuevas generaciones *no repitan* tan atroces errores de las pasadas generaciones (Adorno, 1998, p. 80).

De esto puedo mencionar que la Memoria no es un saber que surge aleatoria o fortuitamente... Tampoco es un acontecimiento que surge de la noche a la mañana, sino que es un proceso que puede tardar años, décadas -tal vez como lo hemos visto en las pasadas páginas-, dado que los testimonios que fundaron las novelas que se han elegido para este artículo, hablan de hechos acaecidos hace *ocho décadas* pero que sólo hasta ahora se nos heredan en un lenguaje escrito. Así pues, estos *testimonios* continúan surgiendo con el paso del tiempo, de las conversaciones que se mantienen con los ‘otros’ y de los recuerdos que se evocan en la vida cotidiana. A esto debo agregar que con respecto a la Memoria “no se trata

de acontecimientos importantes en sí mismos, sino que cobran una carga afectiva y un sentido especial en el proceso de recordar o rememorar” (Jelin, 2002, p. 20). Dado este contundente argumento, no importa si los testimonios se exponen a los dos días o a las dos décadas de ocurrido el acontecimiento: lo relevante en este caso particular es que el recuerdo del pasado *no muera*, sino que se vuelva un proceso que se nutre y re-crea con las narraciones de diversas personas que asumen ese mismo evento como un episodio en común. También es plausible aseverar que, según Escobar (2023):

La *Memoria* es un devenir en tanto que ella misma es un proceso inacabado. No puedo afirmar que ella se ha agotado en sus recursos, en sus metodologías, en sus detalles ya que, en lo que veíamos -por ejemplo, de Auschwitz-, se debe reconocer que existe una amplia cantidad de testimonios que lo narran, que están allí recordando sucesos de un pasado sobre el cual cada día conocemos más detalles. En los libros que he mencionado, he dicho que esos testimonios han sido conocidos 70 años después de haber terminado la II Guerra Mundial y aún somos sorprendidos por más y más relatos, *memorias* de lo sucedido. Ante ello debo reconocer que ‘la Memoria total es imposible’ (cf. Jelin, 2002, p. 29). Ella jamás se agota, no termina ni terminaremos de conocer la cantidad de detalles que existen alrededor de nuestro pasado. Por ello la *Memoria* se convierte en un devenir en tanto que cada vez que volvemos al pasado, hacemos nuevos descubrimientos y esto ayuda a comprender el presente y a proyectar el futuro, porque “algunos hechos vividos en el pasado tienen efectos en tiempos posteriores” (cf. Jelin, 2002, p. 14). La Memoria no se acaba, no se agota, es un proceso y un devenir, ya que nos permite comprender más el pasado en el presente y comprender que a raíz de lo vivido pueden surgir acontecimientos en el futuro. (p. 63)

También se debe agregar que la *Memoria*, en cuanto tal, es una construcción que se realiza con los ‘otros’, no es lo que se construye desde la particularidad o la individualidad, pues en el testimonio que doy como sujeto individual puedo olvidar algunas cuestiones o tener vacíos en la narración, mientras que en la construcción *colaborativa* con los demás, surgen aquellas cuestiones que mi mente puede olvidar para trabajar la *Memoria* desde sus diversas aristas. Tal como he procurado hacer en el presente artículo, los comentarios acerca de *Auschwitz – Birkenau* no han dependido sólo de una perspectiva sino de la multiplicidad de personas que han estado atravesadas por el acontecimiento, tanto al interior como al exterior de este. Ante ello, Ricoeur (1992) nos dice que “la *Memoria* plural y pública que alimenta el trabajo del historiador se alimenta por el estatuto privilegiado del *testimonio* y por la posibilidad de cotejar entre sí las distintas informaciones de las que depende la credibilidad del relato histórico” (p. 71). Así pues, como he procurado inferir, la *Memoria* se elabora gracias al trabajo de diferentes testimonios. En este caso particular, podemos reactualizar los diferentes caminos de interpretación acerca de Auschwitz, dado que

tenemos una gran cantidad de relatos y testimonios que nos permiten observar los diferentes frentes de interpretación o de abordaje de un acontecimiento que ha atravesado inborrablemente la vida de tantas personas a lo largo de la historia reciente de toda la Humanidad.

Conclusiones

A mediados del siglo XX, la Humanidad ha comprendido la complejidad de la barbarie por medio de los acontecimientos ocurridos en el marco de la II Guerra Mundial. En el presente artículo me he basado en los testimonios que han surgido del campo de concentración más penosa y emblemáticamente recordado de esta guerra: *Auschwitz – Birkenau*. Existen diversos testimonios que lo narran, desde personas que lo han sobrevivido hasta aquellos que, desde fuera, han tenido noticias de él, pues este lugar fue célebre por la negatividad que se instituyó en él durante los años que duró el conflicto bélico. Este lugar también puede ser recordado como el sitio 'al que llegaron muchos, pero del que no salía nadie', pues han sido millones de personas quienes han perdido su vida al interior de este campo. Más allá de lo que sucedió con sus captores, quienes también eran los administradores del campo, debemos agradecer el valor que han tenido los supervivientes del *Holocausto* en narrar sus experiencias de vida, aunque sea bajo la forma de novelas históricas, pues ello nos permite dimensionar la profundidad de la barbarie que se vivió y consumó allí.

Para nosotros, 80 años después de haber cerrado este campo de concentración, sería imposible dimensionar los hechos allí ocurridos si no fuera por los testimonios dramáticos de quienes lo han habitado... Por consiguiente, la *Memoria*, como proceso, devenir y construcción plural, es de vital importancia en la reconstrucción de cualquier hecho pasado, pues gracias a ella quizás se puedan prever y preservar los hechos que enmarcan un acontecimiento determinado de nuestra historia. De esta manera, el papel que juegan los testigos y las narraciones que éstos hacen de los hechos, resultan necesarios para la construcción de lo que en verdad ha sucedido en las diversas fuentes que implica el hecho de hablar de ese evento en particular.

Bien sea de una forma oral o escrita, un relato presentado como propio o ajeno, en la visión de una novela o la narración autobiográfica de un autor, se hace muy importante que los acontecimientos pasados se hereden a la posteridad para que luego nosotros o las generaciones venideras, puedan recordar lo sucedido para instaurar acciones de *no repetición* de los hechos que indujeron a la humanidad a cometer, en este caso particular, el error de tan atroz barbarie del *Holocausto*. A todas luces, en las sociedades actuales, deberíamos tener en mayor estima los testimonios de quienes padecieron el drama del conflicto armado,

pues de allí podremos partir para la *no repetición* de los hechos que enmarcan la guerra bajo la figura de la violencia directa. Como se ha visto, no importa que pasen varias décadas para la narración de los hechos, lo que resulta relevante es que esa narración no caiga en las garras del olvido...

Referencias

- Adorno, Th. (1998). *Educación para la emancipación*. Ediciones Morata, S. L.
- Adlington, L. (2021). *La cinta roja*. Planeta.
- Adlington, L. (2022). *Las costureras de Auschwitz*. Planeta.
- Arendt, H. (2020). *La condición humana*. Austral.
- Caixal i Mata, D. – O. (2015). “La batalla de Stalingrado: el principio del fin del ejército alemán en el Este”. *Revista Aequitas*. Vol. 5, pp. 59 – 78.
- Escobar Gómez, J. – A. (2016). *Educar para no repetir el conflicto armado. Quaestiones Disputatae*, 9 (19). Tunja: USTA, pp. 103-116.
- _____. (2023). “Memorar el conflicto armado de la Comuna 13 como posibilidad de construcción de una propuesta de educación para la paz” [Tesis de Maestría en Educación, Universidad de Antioquia]. *Biblioteca digital Universidad de Antioquia*.
- Feldmann, C. (2009). *Edith Stein. Judía, filósofa y carmelita*. Herder.
- Frank, A. (2003). *El diario de Ana Frank*. Editorial De Bolsillo.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución: Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Editorial Barkeas.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la Memoria*. Siglo XXI de España Editores, S. A.
- Levi, P. (2018). *Trilogía de Auschwitz*. Ediciones Península.
- McCourt, F. (2011). *El profesor*. Embolsillo.
- _____. (2015). *Lo es*. Embolsillo y Editorial Océano.

- _____. (2019). *Las cenizas de Ángela*. Embolsillo y Editorial Océano.
- Mèlich, J. – C. (2004). *La lección de Auschwitz*. Herder.
- Morris, H. (2018). *El tatuador de Auschwitz*. Espasa.
- Neila Hernández, J. – L. (2019). *La Segunda Guerra Mundial*. Schackleton books.
- Páez, A. (2014). “La prueba testimonial y la epistemología del testimonio”. *Isonomía*, No. 40, 95 – 118.
- Pérez Rojas, C. (2019). “El juicio de Núremberg: vencedores y vencidos”. *Raíces: Revista judía de cultura*, No. 119, pp. 73 – 77.
- Ricoeur, P. (1992). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Arrecife: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Robert, A. (2012). *La tormenta de la Segunda Guerra Mundial: La nueva Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Siglo XXI Editores.
- Roldán Larreta, C. (2021). “Crimen y Castigo: 75 años de los juicios de Núremberg”. *Raíces: Revista judía de cultura*, No. 126, pp. 77 – 81.
- Sadurní, J. M. (27 de enero de 2022). “Rudolf Höss, ‘El animal de Auschwitz’ ”. Recuperado de: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/rudolf-hoss-el-animal-auschwitz_14949
- Sánchez Garnica, P. (2021). *Últimos días en Berlín*. Planeta.
- Von Weber, H. (1954). “El derecho penal alemán después de la segunda guerra mundial”. *Anuario de derecho penal y ciencias penales*, 7(1), 127 – 134.
- Ziemer, K. (2009). “La política alemana de invasión en Polonia: Los recuerdos en la Alemania occidental y oriental”. Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.